

Jesús Cantú

Trascendental decisión de Tribunal sobre caso Ayotzinapa

La sentencia, aprobada por votación unánime de los 3 Magistrados de un Tribunal Colegiado con sede en Tamaulipas, que obliga a reponer la investigación del caso de los 43 desaparecidos de Ayotzinapa y a integrar una Comisión de Investigación para la Verdad y la Justicia, integrada por familiares de los estudiantes desaparecidos, de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) y del Ministerio Público, es un parteaguas en la impartición de justicia en México.

Los Magistrados se atrevieron a desear la llamada “verdad histórica”, que había defendido a “capa y espada” la Procuraduría General de la República y que responsabilizaba de los hechos a policías municipales e integrantes de la delincuencia organizada, lo cual hubiese sido suficiente para cumplir con su deber.

Sin embargo, fueron mucho más allá al afirmar que dado que hay evidencias de que muchas de las pruebas se consiguieron bajo tortura de los implicados y que otras afirmaciones carecen de soporte probatorio, así como, el hecho de que se haya dejado de “explorar siquiera las líneas de investigación que apuntaban a la participación de personal del Ejército Mexicano y de la Policía Federal, consideraron que la investigación no fue “independiente ni imparcial” y, por lo tanto, no únicamente ordenaron reponer la integración de la investigación, sino que establecieron condiciones para asegurar que ahora sí se realiza en forma independiente e imparcial.

Incluso, de acuerdo a lo que difundió el portal Animal Político, tras un análisis de la sentencia, establece que para la integración de la nueva averiguación la autoridad deberá seguir el modelo para la Investigación Legal de Ejecuciones Extralegales, Arbitrarias y Sumarias, conocido como “Protocolo de Minnesota” y que para investigar la presunta tortura de más de 20 de los detenidos, se debe recurrir a la aplicación del llamado “Protocolo de Estambul”, por parte de peritos independientes, ya que en dicha investigación “no pueden participar peritos de la PGR, de las procuradurías estatales ni de ninguna otra de las dependencias a cuyo personal se atribuyen los actos de tortura (Policía Federal, Secretaría de la Defensa Nacional, Secretaría de la Marina Armada de México, entre otras)”.

Además obliga al Ejército y cuerpos castrenses a abrir sus instituciones para la búsqueda de datos que permitan conocer lo sucedido con los estudiantes, otro de los puntos que había sido motivo de confrontación, particularmente con el Titular de la Secretaría de Defensa Nacional, que se negaba a ello.

La sentencia del Tribunal está en consonancia con lo que en el pasado habían afirmado la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), el Alto Comisionado de Derechos Humanos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y el Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes (GIEI) e incluso recoge muchas de las mismas puntualizaciones.

La sentencia coincidió en el tiempo con el primer Informe de Balance del Mecanismo de Seguimiento del Caso Ayotzinapa (MESA), que representantes de la CIDH presentaron el pasado miércoles y, como era de esperarse, respaldaron totalmente y celebraron la sentencia del Tribunal Colegiado, pues como señalaron explícitamente válida los señalamientos y recomendaciones que habían hecho las instancias ya señaladas previamente.

“Lo valioso hoy del Estado mexicano es que su sistema judicial alcanza una sentencia que yo, como ex miembro de la justicia de mi país, reconozco como trascendente”, dijo de acuerdo a lo publicado en el portal ya señalado.

Sin embargo, la vocera de la MESA, la comisionada de la CIDH Esmeralda A. De Troitiño, señaló además la falta de celeridad por parte de la PGR para continuar con las investigaciones y la integración del expediente y de manera especial que hasta hoy no hay ninguna persona consignada por el delito de desaparición forzada. Igualmente destacó lo absurdo que después que “hoy a más de tres años, el paradero de los estudiantes desaparecidos, sigue siendo desconocido. Siguen pendientes, abiertas, una gama de líneas de investigación que deben profundizarse para obtener mejores resultados en las investigaciones apegada a la verdad de los hechos”, según divulgó el periódico Excélsior.

Por los señalamientos y recomendaciones de todas las instancias internacionales era evidente que la investigación estaba mal integrada y era incompleta, sin embargo la insistencia de la PGR de aferrarse a su llamada “verdad histórica” y la resistencia de otras instancias del Poder Ejecutivo, particularmente la Sedena para abrirse a la investigación por parte de terceros, parecían conducir inevitablemente a que la versión de la PGR fuera la que prevaleciera jurídicamente.

Precisamente por ello es trascendente el fallo del Tribunal Colegiado, primero porque muestra la independencia del Poder Judicial, que se atreve nuevamente (en los otros casos había sido el Pleno de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, como en el de Florence Cassez) a revertir las versiones fabricadas desde el Ejecutivo.

Y en este caso la trascendencia es todavía mayor porque decide ir más allá de la únicamente ordenar la reposición del proceso de investigación o la liberación de los detenidos, por fallas en el debido proceso, sino que ordena reponerlo pero se atreve a establecer condiciones que garanticen la independencia e imparcialidad del mismo, dándole una participación relevante a los familiares de las víctimas y a la instancia garante de los Derechos Humanos en México.

Por supuesto que la fórmula sería imposible de replicar en todos los casos, pero es una opción válida ante la ausencia de una Fiscalía General autónoma e independiente y la cerrazón del Poder Ejecutivo. La sentencia abona al equilibrio de poderes tan anhelada en México.

Luis Rubio

Reingeniería

Los síntomas -y paradojas- son evidentes en todas partes. Nadie puede dejar de verlos, cualquiera que sea su posición, pertenencia partidista o actividad. El país hace agua por todas partes y, al mismo tiempo, cuenta con impactantes fortalezas que no se explotan a cabalidad porque algo las limita y entorpece. Hemos hecho ingentes avances en un sinnúmero de áreas y, sin embargo, hay algo que no acaba de cuajar: el cambio se da, pero no se consolida y la población no ve beneficios. Las disputas políticas cotidianas, que naturalmente se magnifican en periodos electorales, tienen razón de ser porque reflejan un sentir nacional.

Quienquiera que vea el panorama general no podrá dejar de observar los contrastes que nos caracterizan porque revelan nuestra forma de ser, pero también las limitaciones autoimpuestas al desarrollo. Aquí va una pequeña muestra de lo cotidiano, claramente no exhaustiva:

. Tenemos una pujante economía de exportación, pero no construimos la infraestructura necesaria -incluyendo seguridad- para que ésta se multiplique.

. No existe una sola economía nacional, sino al menos tres, con tasas de crecimiento dramáticamente diferenciadas (de Aguascalientes que parece un enclave asiático a Guerrero que apenas se mantiene a flote), pero el discurso político se concentra en cómo proteger al sur en lugar de qué sería necesario hacer ahí para imitar al norte.

. Los gobernadores no hacen su chamba: en lugar de gobernar -ser eficaces en la seguridad, infraestructura idónea para atraer inversión y empleos y mejorar la vida de sus poblaciones-, se dedican a la frivolidad y a construir sus siguientes chambas políticas o a financiar las de sus cuates. Algunos se adentran en las contiendas políticas nacionales como misión, abandonando su razón de ser. ¿Para eso se les paga?

. Hemos construido un costoso y no muy representativo poder legislativo que no le reporta a la ciudadanía, sino a los intereses particulares de los propios legisladores y sus jefes políticos. Las decisiones no se toman luego de debates relevantes, negociaciones entre partidos o convencimiento individual, sino de “intercambios” no siempre sacrosantos. Las oficinas privadas de algunos legisladores son prueba fehaciente de los criterios que animan sus decisiones y acciones.

. Las empresas elevan su productividad de manera prodigiosa, pero sus clientes se ven acosados por extorsionadores que demandan “derecho de piso”.

. El gobierno federal restaura el control de las finanzas públicas, pero todo mundo demanda más gasto.

. Los legisladores aprueban leyes electorales y en materia de corrupción, pero en el camino crean mecanismos para violarlas, como ilustra, particularmente, el financiamiento de campañas.

. Se promueven ambiciosas reformas, pero luego no se quiere pagar el costo de implementarlas.

. Se construye infraestructura con frecuencia mediocre que usualmente es insuficiente el día en que se inaugura. Peor, no se mantiene o vigila: cualquiera que haya circulado por el circuito mexiquense podrá observar la presencia de huachicoleros y

No existe una sola economía nacional, sino al menos tres, con tasas de crecimiento dramáticamente diferenciadas (de Aguascalientes que parece un enclave asiático a Guerrero que apenas se mantiene a flote), pero el discurso político se concentra en cómo proteger al sur en lugar de qué sería necesario hacer ahí para imitar al norte.

asaltantes, pero no la de un policía que cuida a quienes por ahí transitan.

Ejemplos hay miles y todos sabemos y vemos estas y muchas otras manifestaciones de lo que es nuestro país: los extraordinarios avances y el enorme desperdicio. Se emprenden proyectos de enorme alcance y valía -igual en materia de reformas estructurales que de infraestructura, construcción de instituciones (como la Suprema Corte) y liberalización de mercados- pero luego se les limita por los absurdos de nuestro sistema político y, muy especialmente, por la indisposición del viejo sistema político a abrirse y ceder en sus privilegios.

Como en la novela del Dr. Jekyll y Mr. Hyde, relativa a una misma persona que tiene dos caras, una buena y una perversa, el gobierno mexicano -en realidad, el sistema político, porque incluye a todos los que ahí participan- es dos cosas a una misma vez: un ente progresista y promotor de cambios y desarrollo, por un lado, y un bódrio que explota a la población, depreda de ella y pretende que nadie se da cuenta, por el otro. Desde luego, es imposible ver cada una de las fechorías que ocurren en todos los ámbitos del sector público, a todos los niveles de gobierno, desde el municipio más modesto hasta la presidencia, pero lo que es indudable es el efecto general: las cosas no se concluyen porque eso implicaría afectar a alguno de los beneficiarios del sistema. Y, en esto, todos los partidos son iguales.

Todo esto hace perfectamente explicable la incredulidad del ciudadano común y corriente cuando un funcionario afirma que la obra pública que realizó va a transformar a su municipio o cuando un secretario de estado elogia una determinada reforma. Difícil de creer porque los beneficios toman tiempo, pero también porque muchas veces estos no son como se anunció: el segundo piso en la CDMX resolvió el transporte entre extremos de la ciudad pero no se pensó en las bajadas a la realidad cotidiana, la de los embotellamientos interminables.

El país va a cambiar, y dejar de ser tan ríjido, cuando deje de haber un Jekyll y un Hyde, cuando el gobierno se dedique a resolver problemas y gobernar para todos, no sólo para sí mismo.

@lrubiof

Jorge Zepeda Patterson

AMLO el alquimista: trasmutar rabia en esperanza

No se si López Obrador, AMLOVE, vaya a ser efectivamente el presidente del amor, lo que está claro es que no está dispuesto a convertirse en el presidente del odio o el rencor. No es un dato menor. El candidato que se presenta a sí mismo como el reivindicador de los olvidados y los oprimidos perfectamente podría asumirse como el portador de la venganza. No obstante, López Obrador ha elegido concebirse como el candidato del perdón. Pueden cuestionarse las implicaciones morales de su postura, pero no su cálculo político: mirar hacia delante y no hacia atrás es la única manera de intentar que la rabia se transforme en esperanza.

Se ha dicho, y con razón, que el inminente triunfo de Morena obedece al hecho de que muchos mexicanos tienen hoy más rabia que miedo. Andrés Manuel entiende que con la rabia se puede ganar una elección, pero es de poca ayuda para gobernar. Y allí están los ejemplos de Donald Trump o de Javier Corral para mostrarlo, toda proporción guardada. El primero abre frentes de batalla cada semana sin poder cerrar ninguno; el segundo se ha extenuado en el laberíntico proceso en el que se ha metido en su afán de llevar a la cárcel a su antecesor. No es deleznable la tesis de Javier Corral en Chihuahua; castigar a los corruptos del pasado es el primer paso para evitar la impunidad en el futuro. López

Se ha dicho, y con razón, que el inminente triunfo de Morena obedece al hecho de que muchos mexicanos tienen hoy más rabia que miedo. Andrés Manuel entiende que con la rabia se puede ganar una elección, pero es de poca ayuda para gobernar. Y allí están los ejemplos de Donald Trump o de Javier Corral para mostrarlo, toda proporción guardada. El primero abre frentes de batalla cada semana sin poder cerrar ninguno; el segundo se ha extenuado en el laberíntico proceso en el que se ha metido en su afán de llevar a la cárcel a su antecesor.

Obrador, por el contrario, decidió ponerse práctico e invertir todo su tiempo y energía en lo que tiene por delante.

No pocos entre sus seguidores se han sentido decepcionados o confundidos al escuchar al tabasqueño prometer perdón a la mafia del poder, el llamado al borrón y cuenta nueva para sus enemigos y adversarios. ¿Para qué sirve el poder si no es para desahogar los agravios de los que se ha sido víctima?, se preguntan los más indignados de los morenistas.

Y, desde luego, no hay mayor desahogo que tomar revancha. Forma parte de la condición humana la pulsión que conduce a la venganza o por lo menos a la soberbia. ¿Cómo no embelesarse con las mieles del triunfo cuando nunca se ha triunfado?, dirán los que siempre se han sentido en las

filas de los desheredados. Pero de la soberbia a la bravuconería solo hay un paso: “Si no les gusta, váyanse del país” o “si se oponen a los mandatos del pueblo, habrá que expropiarles sus empresas”.

López Obrador no parecería tener tiempo para la soberbia, la rabia o el revanchismo. Algunos tomaron su actitud como una estrategia de campaña para sumar votos o incluso como una promesa implícita de negociación (una especie de “respétenme el triunfo en las urnas y a cambio no les haré nada”). A mí me parece, más bien, una agenda de trabajo, una consecuencia inevitable del país que López Obrador tiene en la cabeza y el papel histórico que quiere desempeñar en su transformación.

Seis años es muy poco tiempo (y más aun para alguien que habla con tan largas

pausas) y los retos son formidables. Llevar a la cárcel a Peña Nieto y a sus compinches es considerada por muchos miembros de la oposición una meta imperativa, una misión histórica, una mojonera a partir del cual edificar el futuro. A López Obrador le parece que eso equivale a desgastarse en infiernos. Le resulta absurdo perder el tiempo con pillos mediocres cuando se tiene enfrente la posibilidad de cambiar la historia.

No sé si López Obrador pueda cambiar algo realmente. Los problemas de inseguridad, corrupción y desigualdad en México son formidables. Pero sean muchas o pocas las posibilidades de hacer algo al respecto, es indudable que sus probabilidades aumentan al sumar voluntades y no restarlas.

Por lo pronto me parece que ya ha conseguido algo. Hasta hace tres o cuatro meses entre sus simpatizantes predominaba casi exclusivamente la rabia y la irritación anticipada por los agravios pasados, presentes y futuros. Hoy observo que entre muchos de ellos comienza a colarse un sano sentimiento de orgullo y no poca alegría. Si logran contener la soberbia y hacer suyo el espíritu de su candidato habrán dado el primer y más importante paso: convertir a la esperanza en agenda de trabajo.

@jorgezpedap, www.jorgezpeda.net